



El africano

J.M.G. Le Clézio

Premio Nobel
de Literatura

Traducción de
Juana Bignozzi



J.M.G. Le Clézio

El africano

Traducción de Juana Bignozzi



Adriana Hidalgo editora

Le Clézio, Jean Marie Gustave

El africano / Jean Marie Gustave Le Clézio. - 1a ed . 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2021.

Traducción de: Juana Bignozzi.

ISBN 978-987-1923-32-8

1. Narrativa Francesa. I. Bignozzi, Juana, trad. II. Título.
CDD 843

narrativas

Título original: *L'Africain*

Traducción: Juana Bignozzi

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta original: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina

© J.M.G. Le Clézio

© Éditions Mercure de France, 2004

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2021

Las fotos y el mapa provienen del archivo del autor

www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-32-8

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial.
Todos los derechos reservados.

Índice

Portadilla

Legales

Nota preliminar

El cuerpo

Termes, hormigas, etc.

El africano

De Georgetown a Victoria

Banso

La rabia de Ogoja

El olvido

Acerca de este libro

Acerca del autor

Otros títulos

[illegible]

Todo ser humano es el resultado de un padre y de una madre. Se puede no reconocerlos, no quererlos, se puede dudar de ellos. Pero están allí, con su cara, sus actitudes, sus modales y sus manías, sus ilusiones, sus esperanzas, la forma de sus manos y de los dedos del pie, el color de sus ojos y de su pelo, su manera de hablar, sus pensamientos, probablemente la edad de su muerte, todo esto ha pasado a nosotros.

Durante mucho tiempo imaginé que mi madre era negra. Me había inventado una historia, un pasado, para huir de la realidad a mi regreso de África, a este país, a esta ciudad donde no conocía a nadie, donde me había convertido en un extranjero. Más tarde descubrí, cuando mi padre, al jubilarse, volvió a vivir con nosotros en Francia, que el africano era él. Fue difícil de admitirlo. Debí retroceder, recomenzar, tratar de comprender. En recuerdo de todo eso he escrito este pequeño libro.

EL CUERPO

Tengo algunas cosas que decir del rostro que recibí al nacer. En primer lugar, que debí aceptarlo. Aceptar que no lo quería habría sido darle una importancia que no tenía cuando era un niño. No lo odiaba, lo ignoraba, lo evitaba. No lo miraba en los espejos. Durante años creí que nunca lo había visto. En las fotos, apartaba los ojos, como si otro me hubiera reemplazado.

Más o menos a los ocho años viví en el África occidental, en Nigeria, en una región bastante aislada donde, fuera de mi madre y de mi padre, no había europeos y, para el niño que yo era, toda la humanidad se componía únicamente de ibos y de yorubas. En la cabaña en la que vivíamos (la palabra cabaña tiene algo colonial que hoy puede chocar, pero que describe muy bien la vivienda oficial que el gobierno inglés había previsto para los médicos militares, una losa de cemento para el suelo, cuatro paredes de piedra sin revestimiento, un techo de chapa ondulada cubierto de hojas, ninguna decoración, hamacas colgadas de las paredes para servir de camas y, única concesión al lujo, una ducha conectada por tubos de hierro a un depósito en el techo que calentaba el sol), en esa cabaña, pues, no había espejos, ni cuadros, nada que pudiera recordarnos el mundo en el que habíamos vivido hasta entonces. Un crucifijo que mi padre había colgado de la pared, pero sin representación humana. Allí aprendí a olvidar. Creo que la desaparición de mi cara, y de las caras de todos los que estaban alrededor de mí, data de la entrada en esa casa, en Ogoja.

De esa época, para decirlo de manera consecutiva, data la aparición de los cuerpos. Mi cuerpo, el cuerpo de mi